EDITORIAL

LA DIFUSION DEL LIBRO EN AMERICA

"...lo más hermoso de esta repentina potencia editora es que no se limita a poner sus libros en las manos de los argentinos, sino que ya, en tres años escasos, ha alcanzado o está alcanzando a vender en el resto de América los porcentajes americanos de la industria española. El libro argentino no sabía antes salir de su casa; ahora se halla presidiendo los escaparates de las librerías de toda América. ¡Qué formidable instrumento de irradiación argentina! ¡Y qué grandes deberes para con el resto de América nos revela ese poder!"

AMADO ALONSO. "La Argentina en la dirección inmediata del idioma". *La Nación*, Buenos Aires.

UNA VIEJA DOLENCIA

QUE oiga Dios a Amado Alonso y el diablo se haga el sordo! Y que podamos darnos el gusto de recibir libros de todos los pueblos y de todos los autores de Hispanoamérica a fin de establecer por cuenta propia los valores de su literatura, y para que no sea un hermoso espejismo lo que ve Alonso!

Refiriéndose al florecimiento de nuestra industria editorial, puntualiza Horacio Rega Molina en *El Mundo*: "Pero esas son ediciones argentinas y no libros naciona-

les. Estos últimos definen la producción de escritores argentinos. Poseemos un gran vehículo en el que, de vez en cuando, se pasea un autor de los nuestros..."

No sólo de pan vive el hombre. Ni de letras...., según la acertada observación de un colega. Pero, siendo aquél indispensable para la subsistencia del espíritu, claro está que, periódicamente, habrá que reducir las letras a pan; ya que, si el espíritu debe prevalecer en la razón de nuestra vida, para que subsista se hace necesario alimentarlo como a la llama. Con lo que se cierra el círculo vicioso.

Para acrecentar el valor de su producción, necesita todo creador alientos que vengan de fuera y den cuerpo a su llama. A menudo la pantalla del egoísmo ataja ese aire vivificador y malogra valores a punto de definirse. En determinados países falta ese estímulo; en otros, se une a la irritante calma el antagonismo de círculos o tendencias.

Por eso y porque nadie es profeta en su tierra, se hace necesario vincular a los escritores de América y difundir su obra, ya sea por medio de reseñas en publicaciones de responsabilidad, como la REVISTA IBEROAMERICANA, ya por la divulgación de un determinado aspecto de las obras publicadas, en breves y destacados párrafos, casi siempre con la fotografía y el domicilio del autor, como lo hace con encomiable acierto el *Itinerario de América*, que ve la luz en Buenos Aires. Todas ellas de suma utilidad bibliográfica.

Se hace difícil si no imposible al escritor, en general, conseguir la divulgación de su obra. Se engaña quien pretenda hacerse conocer por sí solo de los lectores extranjeros. Constituiría rara excepción quien, por obra y gracia de algunos comentarios periodísticos más o menos elogiosos y merecidos, lograra que se busquen sus libros, si no median otros factores. A muchos títulos les resulta costoso salir de los muros de la ciudad natal. Allí donde no alcanza el contralor tampoco llega el eco de las inquietudes. Se hace indispensable, pues, confiar la tutela de nuestros intereses literarios a empresas que no siempre

quieren hacerse cargo de obras que no editan si no es a tiro hecho y con grandes probabilidades de éxito, supuesto el caso de aceptación del escritor y entrega de su obra, por lo general, a cambio de un plato de lentejas. La historia se repite con abrumadora constancia. Los no aceptados o los que se resisten a entregar al editor el producto de su trabajo forman legión; se verán encerrados en el límite de sus propios países, aunque su obra tenga valores para abrirse paso. Otro tanto ocurrirá a aquellos cuyos editores carezcan de relaciones comerciales más allá de los países vecinos.

Y aquí cabe una digresión. Dentro de los límites del comercio propiamente dicho, conocido es el poco interés que despiertan en el librero las consignaciones, porque ellas merman o perjudican (sic) la venta de las obras que constituyen su capital circulante. A propósito, recuerdo un caso ocurrido hace ya tiempo a un mi amigo con su librero, cuyo hermano se dedicaba a vender en el interior del país libros de todo género. Convinieron en que llevaría una determinada cantidad de ejemplares de sus obras. Volvió sin ellas. Cuando, a los veinte días, se proponía emprender otra jira con rumbo distinto, el dueño de la librería opuso reparos a que su hermano llevara una nueva remesa por cuenta de mi amigo, entendiendo que ello le significaba una reducción en la venta de los que formaban su capital. Y he ahí al hombre de letras convertido en inocente competidor de su agente natural... Con semejantes perspectivas, ya puede colegirse qué saldo de ilusiones quedará a quienes, con todo derecho, sueñan con ver su labor juzgada en el extranjero.

Los congresos para el acercamiento intelectual poco fruto han dado, como no sea el inmediato que palparon los delegados al disfrutar durante un determinado número de días de la amable hospitalidad que la capital asiento del congreso les brindara.

Quedan las exposiciones del libro que son, a mi juicio, el medio más práctico de hacernos conocer... por las tapas. Peor es nada.

La competencia del libro español (no obstante la si-

tuación actual) y la de los traducidos de otros idiomas ahoga casi la difusión de nuestra literatura menor, si así puede llamarse la obra de escritores aquilatados que, por razones ajenas al valor de la misma, no han podido o no han sabido quebrar la masa de hielo que los oprime. Son carteles difíciles de desplazar estos que vienen, por lo común, precedidos de ampulosos comentarios, frecuentemente injustificados, y cuya impresionante redacción cuidan los editores, por razones obvias. Estos y hasta ciertas empresas periodísticas explotan la veta literaria y ejercitan una suerte de opresión capitalista que pasa inadvertida porque, al parecer, semejante tiranía sobre la difusión de las ideas no cuenta en las reacciones del sentimiento extremista.

Otro obstáculo, y no el menos importante en la difusión del libro iberoamericano, es la falta de lectores. En los Estados Unidos de Norte América, más poblada y con un nivel medio de cultura superior al nuestro, se justifican los tirajes fabulosos de obras que no siempre alcanzan la categoría de otras similares en idioma castellano. No es menos cierto que, obedeciendo a un fenómeno natural de reacción, la calidad obra a menudo en función del éxito.

Orientando la mirada hacia el sur, cabe señalar que un considerable número de escritores nuestros de valía no han sido hasta ahora editados por ninguna empresa de las que difunden por toda América los libros no argentinos. Bastará con recorrer la lista de los volúmenes publicados por dichas empresas, para convencerse de lo que afirmo. Si todas las editoriales siguieran el sistema del Club del Libro A. L. A., que asigna a los escritores americanos una docena de títulos por año, habríamos adelantado mucho en la solución del problema que nos ocupa, porque dichas empresas pueden elevar el porcentaje anual de sus publicaciones con relación a las del citado Club.

Sin ánimo de hacer estadística, puede concretarse el siguiente saldo desalentador, tomando al acaso uno o dos de los principales editores que imprimen en Buenos Aires.

En una editorial:

De un total aproximado de 135 autores, son argentinos 11, pero como de ellos sólo viven 7, la obra de los otros 4 pertenece al dominio público...

En otra,

De 23 libros de autores argentinos, 19 pertenecen al dominio público!

Y, a riesgo de fatigar la atención del lector, esta referencia que no tiene desperdicio: Un comercio (extranjero) de Buenos Aires, adhiriéndose al "Día de la industria argentina", publicó su aviso en un difundido matutino. Bien: entre cuarenta títulos, sólo había uno de autor argentino. El botón de muestra...

Me pregunto si en todas partes ocurrirá lo mismo.

UN POSIBLE REMEDIO

Después de lo dicho no cabría otra solución que confiar a las llamadas Cámaras del Libro el porvenir y el éxito de nuestras obras en América. Y, cuando ello sea posible, en Europa. La que existe en nuestro país está constituida por editores. Es, desde luego, una entidad industrial y no se ocupa de intereses ajenos, aunque puedan estar íntimamente relacionados con los suyos en determinado momento.

Tampoco puede pensarse en constituir las con los mismos autores: salvo raras excepciones, son gente poco entendida en negocios.

Quedaría un remedio que, como en todo caso grave, habrá de ser necesariamente heroico: confiar la defensa, la difusión, la tutela, el padrinazgo... o lo que se quiera, de nuestros libros en el extranjero, a organizaciones como el Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, o a los respectivos cónsules generales; y si se quiere, bajo la supervisión de los agregados comerciales, a legaciones y embajadas.

Si un cónsul es, por definición, el encargado de de-

fender los intereses de los naturales de un país en el extranjero, no resulta muy erróneo pensar que pueda defender conjuntamente sus intereses materiales y espirituales. ¿Quién, entonces, más indicado que un cónsul para difundir la producción literaria de su país? No pretende esta sugestión convertirlo en un librero o siquiera en un agente de librería, desvirtuando lo primordial de sus funciones. Pero, con la remisión a los consulados de un simple catálogo ilustrado e ilustrativo acerca de los valores reales de cada obra; o, si se prefiere, un ejemplar de cada libro, este agente consular se pondría en contacto con las empresas comerciales del país de su residencia. Su acción ulterior habría de reducirse a dar curso a los pedidos globales de los libreros y empresas editoriales. Y aquí sí podrían intervenir las Cámaras del libro en la parte puramente comercial (en la reciprocidad estaría el beneficio para su industria), y las asociaciones gremiales no sólo en lo que a percepción de derechos se refiere sino también a la contribución de los autores, ya que, como es natural, tendrían ellos que pagar algún impuesto por cada volumen, con el fin de retribuir la gestión de los cónsules. Una simple estampilla postal o fiscal serviría para el caso.

Haciéndose cargo de la organización del mencionado servicio, las cancillerías pueden contribuir a afianzar este nuevo aspecto de acercamiento cultural, ya que no está ello reñido con la bien entendida protección de los intereses nacionales y vendría a materializar el eco de las voces clamadas en tanto congreso inocuo. ¿No se ocupa la nuestra, por ejemplo, de defender la producción agropecuaria, abriéndole posibilidades en los mercados mundiales?

Estas reflexiones acuden a buscar actualidad cuando la reiterada y a menudo infructuosa peregrinación en busca de libros de autores americanos nos deja un saldo amargo y sugiere el convencimiento de que algo parecido y acaso en mayor proporción acontece en el resto de Iberoamérica con los nuestros. Salvo escaso número de escritores, que se cuentan con los dedos de una mano, al

resto ni se le conoce. Y es notorio que media docena de autores, cuando a tanto llegan, no representan el acervo intelectual de ningún país. Podrán constituir un respetable y hasta elocuente signo de valores, pero nunca el índice exacto y completo de su valor intelectual.

Alguien tendrá que machacar el hierro para que alguna vez quede forjado. Al recordar la existencia de un mal que todos sentimos en carne propia, y sugerir a grandes rasgos el tratamiento que puede curarlo, no hacemos sino plantear un problema cuya solución estaría facilitada por las circunstancias actuales. Hora es propicia para salir de la tutela a que los iberoamericanos hemos estado sometidos en materia de difusión de ideas. A otros más capacitados toca orientar el esfuerzo en ese sentido; por ejemplo, al P. E. N. Club, cuyo carácter internacional le acreditaría la representación de los intereses mancomunados.

Queda en pie la esperanza de una palpable cosecha de comprensión y acercamiento. Y acaso esta anhelada difusión nos traiga —¿por qué no?— un redescubrimiento de América.

GUILLERMO HOUSE,
Buenos Aires.